

**Martirologio romano:** En Luca, de la Toscana, santa Zita, virgen, la cual, nacida de hogar humilde, a los doce años entró a servir a la familia de los Fatinelli, y perseveró hasta la muerte, con admirable paciencia, en este servicio doméstico († 1278).

## El relato que llega hasta nosotros

Cada 27 de abril celebramos la fiesta de Santa Zita, patrona de las empleadas del hogar. Ella fue una mujer de condición muy humilde, por lo que desde pequeña tuvo que trabajar como sirvienta en casa de una familia rica de su localidad. De esa manera, Zita podía hacerse con algún dinero y contribuir al mantenimiento de su familia. Su trabajo le acarreó una serie de dificultades y penurias que ella afrontó desde su fe. Fue blanco de burlas y maltratos, pero su amor a Dios y a su familia le ayudaron a mantenerse firme, y a crecer en confianza en la providencia de Dios.

Santa Zita nació cerca de Lucca (Italia) en 1218 y empezó a trabajar desde los doce años de edad. Al final, fueron 48 largos años los que trabajó para una familia rica.

Ella sabía muy bien qué eran las privaciones y las dificultades; y aún con ellas, siempre se preocupaba por los que consideraba más desfavorecidos. Cierta día salió de la casa de sus patronos para atender a una persona enferma, dejando trabajo pendiente en la cocina. Eso causó irritación entre algunos de sus compañeros, quienes la acusaron frente a la señora de la casa. Cuando aquella mujer fue a la cocina a investigar, encontró que todo estaba impecablemente limpio y aseado. Aquel portento fue atribuido a los ángeles que hicieron ese mandado para proteger a Zita. La dueña de la casa, sorprendida por lo sucedido, le permitió desde aquel momento más libertad para servir a los pobres. Sin embargo, no por eso cesaron los ataques o las burlas de otros sirvientes.

Por aquellos días, una hambruna golpeó duramente a la ciudad y Santa Zita tuvo que redoblar sus esfuerzos por quienes padecían de hambre. Ella habitualmente compartía la comida de la casa de su señora, pero esta vez tuvo que repartir hasta su propia comida y las reservas de grano que poseía la familia. Cuando los patronos fueron informados de lo que había hecho Zita fueron a registrar el granero y se dieron con la sorpresa de que la despensa estaba milagrosamente llena.

En vísperas de una Navidad, Zita se encontró con un hombre que temblaba de frío al lado de la puerta de la Iglesia de San Frediano. Entonces, la Santa le dio un manto

costoso que pertenecía a su señora para abrigar al buen hombre y le pidió que lo devolviera al terminar la Misa, pero el hombre desapareció.

Su patrón montó en cólera al siguiente día contra Zita, pero un anciano desconocido en el pueblo llegó y devolvió el manto. Los ciudadanos, entonces, concluyeron que aquel necesitado había sido en realidad un ángel, y desde aquel momento empezaron a llamar a la puerta donde había aparecido “el portal del ángel”. Santa Zita murió el 27 de abril de 1278 y de inmediato su fama de santidad se extendió en todo el país y más allá de sus fronteras. Sus restos reposan hoy en la capilla de Santa Zita de la Iglesia de San Frediano, en Lucca (Italia). (Fuente: *Aciprensa*)



## «Los santos de la puerta de al lado»

No pensemos solo en los ya beatificados o canonizados. El Espíritu Santo derrama santidad por todas partes, en el santo pueblo fiel de Dios, porque «fue voluntad de Dios el santificar y salvar a los hombres, no aisladamente, sin conexión alguna de unos con otros, sino constituyendo un pueblo, que le confesara en verdad y le sirviera santamente». El Señor, en la historia de la salvación, ha salvado a un pueblo. No existe identidad plena sin pertenencia a un pueblo. Por eso nadie se salva solo, como individuo aislado, sino que Dios nos atrae tomando en cuenta la compleja

trama de relaciones interpersonales que se establecen en la comunidad humana: Dios quiso entrar en una dinámica popular, en la dinámica de un pueblo.

Me gusta ver la santidad en el pueblo de Dios paciente: a los padres que crían con tanto amor a sus hijos, en esos hombres y mujeres que trabajan para llevar el pan a su casa, en los enfermos, en las religiosas ancianas que siguen sonriendo. En esta constancia para seguir adelante día a día, veo la santidad de la Iglesia militante. Esa es muchas veces la santidad «de la puerta de al lado», de aquellos que viven cerca de nosotros y son un reflejo de la presencia de Dios, o, para usar otra expresión, «la clase media de la santidad».

Dejémosnos estimular por los signos de santidad que el Señor nos presenta a través de los más humildes miembros de ese pueblo que «participa también de la función profética de Cristo, difundiendo su testimonio vivo sobre todo con la vida de fe y caridad». La santidad es el rostro más bello de la Iglesia. Pero aun fuera de la Iglesia Católica y en ámbitos muy diferentes, el Espíritu suscita «signos de su presencia, que ayudan a los mismos discípulos de Cristo».

Papa Francisco, *Alegraos y regocijaos*, n.6-9